

## CAPÍTULO II.

TAL PARA CUAL.

Al día siguiente preguntaba el baron del Monte á su hijo, sentados ambos en un pequeño saloncito que servia de antesala á la biblioteca:

—¿Qué te parece mi plan?

—Magnífico, sublime, piramidal, contestó aquel con entusiasmo; pero no te cedo el privilegio de invencion.

—¿Lo habias pensado tú ántes?

—Desde las primeras noticias de su venida á España.

—Bien, Luis; veo que eres un muchacho de provecho, dijo el baron golpeándole cariñosamente el hombro.

—Solo una duda me asalta.

—¿Cuál?

—Si al ver que mi fortuna no corresponde á la suya . . .

—No prosigas, interrumpió su padre. Generalmente en la mujer domina un sentimiento que es su mayor debilidad y su mayor belleza, la extrema sensibilidad de su corazon. Atácalo de frente, y no descanses hasta rendirlo, sin retroceder ante ningún obstáculo. Si logras hacer tuyo su corazon, ya tienes todo lo que necesitas. La mujer cuando ama no vé más que el objeto amado, y aunque éste sea indigno de ella, tarde ó jamas lo conoce, pues la intensidad de su amor se lo presenta siempre sublime. Y hay que hacerles esta justicia; podrá ser una mujer todo lo coqueta que quiera, que como dé con un hombre que sepa hacer vibrar las fibras de su corazon, depone humildemente las armas, convirtiéndose en manso cordero, dispuesta siempre á sacrificarse por su amante.

—¡Mucho las has estudiado!

—Desde la edad de quince años me he dedicado á esta ciencia, y en cada mujer



he visto un ejemplo de esta verdad. Muchos se quejan de ellas, pero es porque no las conocen. Créeme, Luis, á las mujeres hay que hablarlas siempre al corazon, y las hallarás sublimes. Precisamente, respecto de la que nos ocupa, tienes una porcion de circunstancias que te favorecen.

—¿Cuales son?

—Primera y principal: Adriana viene de un país donde los hombres se ocupan ménos de ellas que en España; pues consagrados á sus negocios, á sus inventos y á su insaciable sed de oro, amén de su carácter seco y excéntrico; tributan á Cupido pocos honores; y como la mujer por naturaleza gusta de los halagos, al encontrarse de buenas á primeras con un galán español que, como tú, ha aprendido á hacer el amor desde niño, y despues de tomarlo por oficio ó pasatiempo se encuentra á los veintitres años hecho un profesor consumado en el arte de enamorar, tiene precisamente que rendirse ante armas que desconoce. Si añadimos á esto, que el español

tenga buena figura (que no porque seas hijo mio he de dejar de confesarlo), y dos volcánicos ojos que donde se fijan infiltran veneno, no debe dudarse del buen éxito, ni pensar siquiera en los sentimientos que la mujer pueda tener en contra, pues como he dicho y repito, los ahoga la extrema sensibilidad de su corazon.

—Hombre, exclamó Luis, dirigiendo á su padre una mirada de asombro; Cupido tiene en tí uno de sus más hábiles profesores y un orador elocuente. Si abrieras una cátedra no te faltarian alumnos, y harías un bien á la humanidad, pues acabarían para siempre los ignorantes en el arte y los pobres de espíritu, que no son pocos.

—No, Luis; esta ciencia se aprende y se guarda, pues si todos supiéramos lo mismo, no podríamos triunfar unos de otros, y entonces la ciencia seria inútil. Yo te la enseño á tí, aunque poco te falta aprender; tú la enseñarás á tus descendientes, y los demás, que se componga cada cual como Dios le inspire.



— ¡Magnífico! No olvidaré esas lecciones.  
 — Pero sí debes olvidar desde ahora todo lo que hasta aquí haya podido preocuparte, pensando solamente en Adriana, pues ocasión como ésta no puede presentarse en la vida.

— Así lo haré.

— Debes hallarte constantemente á su lado, sin abandonarla un momento, no sea que otro lo aproveche. Mostrarte rendido, apasionado; desesperarte porque la fortuna no te ha hecho rey para ofrecerle á ella el cetro, ó por lo ménos millonario á tí y pobre á ella, para poner tus millones á sus piés. Esto cuesta poco decirlo.

— Descuida . . .

Luego, cuando ya poseas por completo su corazón, no estará demás que te hagas el escrupuloso para casarte, diciéndola que tu delicadeza no te permite enlace tan desigual en intereses, pues tú, además de tus títulos de nobleza, solo puedes darle tu corazón y tu vida; dicho todo esto en medio de las más desesperadas lamentaciones. Este

papel, bien estudiado y con un desempeño regular, produce un efecto mágico.

— Lo supongo.

— Si puedes además arrancar un par de lágrimitas por diminutas que sean, con tal que humedezcan tus ojos, será el golpe de gracia. Desde aquel momento maldecirá ella sus millones, llorará, te prometerá cederlos á las casas de beneficencia, si ellos han de ser un obstáculo á su amor; tú te enternecerás; seguirá ella con sus lágrimas, y tú, haciendo que contienes las tuyas, irás cediendo paulatinamente á sus apasionadas razones, hasta la llegada de un tercero que con elocuentes palabras desvanezca tus escrúpulos. Ella lo bendecirá llamándole su Providencia, y tú, al fin, convencido de que debes sacrificar tu severísima delicadeza en aras del amor, te casarás, serás millonario á poca costa y te reirás del mundo á carcajadas, como se rie todo el que está parapetado detrás de un muro de oro.

— Sublime, papá, sublime; eres un Séneca



ca, y te prometo seguir palabra por palabra esos consejos, pues son harto elocuentes para olvidarlos.

— Perfectamente, Luis; vamos ahora á saludar á tu señora mamá ántes de salir, y al mismo tiempo veremos lo que á tus caprichosas hermanitas se les ofrece.

Preciso nos será bosquejar ligeramente estos dos personajes, que temo habrán hecho al lector el mismo efecto que á mí.

Era el padre lo que se llama un viejo verde é ignorante; no de otro modo se comprende la clase de educacion que habia dado á sus hijos. Rayaba en los sesenta años de edad, si bien parecia tener más, gracias á su borrascosa juventud, cuyas perniciosas máximas procuraba enseñar á su hijo Luis, á quien desde niño acostumbró á la indolencia, al despilfarro, y por consiguiente al vicio, haciéndole con tales cualidades un jóven á la moda como él decia, en vez de darle una honrosa carrera que asegurara su porvenir, ya que sus rentas no bastaban á ello, y haberle enseñado

la sana moral y el camino de la virtud; pero esto, en concepto del viejo baron, era plebeyo y de mal tono; era un crimen de lesa aristocracia, y la hubiese rechazado con horror si tal idea hubiera cruzado un segundo por su mente; pues su escaso criterio no comprendia que la virtud ennoblece y el vicio deshonra, y que el noble virtuoso es dos veces noble.

Como resultado de estas ideas encontrábase su hijo á los veintitres años sabiendo perfectamente jugar todos los juegos prohibidos, montar á caballo, dar una estocada al primero que se le pusiera por delante, tocar el piano, bailar como un trompo, pedir prestado á sus amigos, deber al sastre, al zapatero, al perfumista, á todo bicho viviente, y gastarse en una noche lo que fuera suficiente á mantener una familia, poseyendo ademas con toda perfeccion el arte de enamorar. Era, en fin, nuestro baroncito un jóven á la moda, conforme deseaba su padre. Si añadimos á esto su figura elegante y esbelta, tez sonrosada,



buenas facciones, bigote y pelo rubio y ensortijado, ojos azules y traviesos, labios delgados y encendidos de los que brotaban la más fina adulación y las más halagadoras mentiras; completaremos el retrato de este Adónis, á quien las incautas pollas de la alta sociedad mostraban mil deferencias y se complacían siempre en escachar y admirar en los salones, por lo mismo que el baroncito del Monte era un hombre puramente de salón. Orgullosa el padre de ver el partido que con ellas tenía su primogénito, y juzgándolas á todas por el mismo prisma, estaba segurísimo del tremendo flechazo que debía recibir su millonaria sobrina en cuanto su hijo se le presentara; y como consecuencia de ello veíase millonario, y ya buscaba en su imaginación dos potentados para sus elegantes hijas. Antes de acompañar á padre é hijo á las habitaciones de las señoras será justo darlas á conocer á nuestros lectores.

La baronesa del Monte, llamada doña Florencia de Lamela, y sus dos hijas Lota

y Aurora, eran lo mismo que el rubicundo Luis, modelo de elegancia, de buen tono, y como decía el baron, dos hermosas y almidaradas pollitas montadas á la orden del día. Hablaban el francés, algo de italiano, sabían tocar el piano y cantar el *Faust* y la *Traviata*; bailaban con perfección; montaban á la inglesa; no sabían coser, ni ninguno de los santos deberes que la mujer está llamada á cumplir; en cambio vestían á la última moda, cambiaban dos veces de peinado; recorrían todos los paseos de Madrid; asistían al Teatro Real y á todos los bailes y reuniones de la alta sociedad; miraban por encima del hombro á cuantos jóvenes no llevaran estampado un blason en las tarjetas y todo esto hacíanlo padres ó hijos con una renta de 40,000 reales anuales, por lo cual puede juzgarse el número de acreedores que sus excelencias tendrían.

Al presentarse el baron y su hijo en las habitaciones de las señoras, estaban las tres examinando unas muestras que les



presentaba un dependiente de un almacén de sedas, á quien tenían trastornado con sus exigencias.

—Os encuentro como me figuré, dijo el baron, miéntras su hijo dejaba caer la cortina que al entrar levantara.

—Ya ves que no podemos descuidarnos, replicó vivamente la baronesa. Tu excelentísima sobrina llegará de un día á otro, y no es justo ni decente que nuestras hijas se presenten al lado de la opulenta millonaria como si fueran sus doncellas.

—¡Oh! reconozco toda la fuerza de esta verdad, y no crea la señora baronesa que repruebe yo tales preparativos; muy al contrario, os ruego que despleguéis en ellos todo vuestro gusto.

—Mira, papá, qué tres trajes he escogido para mí, dijo Lola. ¿Verdad que son bonitos?

—Preciosos.

—Ahora me ayudarás á elegir los otros tres.

083331

—¿No te haces más que seis? preguntó Luis.

—Por el pronto ... luego nos harémos los más necesarios.

—¡Ah!...

—¿Y tú, Aurora, los tienes ya elegidos? preguntó el baron.

—Yo he sido la primera en escoger, y son seis maravillas.

—Los encuentro muy chillones; prefiero los míos, repuso Lola.

—Eso va en gustos....

—Ambas lo teneis delicadísimo, interrumpió el papá; y dirigiéndose á su esposa, continuó.—¿Y la señora baronesa no ha elegido ningun traje?

—Tengo per el pronto apartados siete ú ocho; pero son más oscuros que los de mis hijas.

—Lo supongo.

—Puede usted retirarse, dijo Lola al dependiente, y no se le olvide mandar inmediatamente los trajes á casa de las modistas.



Salió, en efecto, el enviado del almacén, y una vez sola la familia, dijo la baronesa dirigiéndose á su esposo:

—¿Sabes, Juan, lo que decían las niñas, y comprendo que tienen razón?

—Sepamos.

—Que será preciso hacer libreas nuevas á los criados, pues las que visten están muy usadas y casi indecentes.

—Así lo he pensado yo también, contestó el barón, que tenía la costumbre de no contradecir jamás á su esposa. Así lo he pensado, sin perjuicio de hacerles otra cuando la llegada de mi sobrina, á fin de poner á toda la servidumbre librea igual con los colores de ella y los nuestros.

—Los de la prima, murmuró Luis, serán como de América, y van á parecer nuestros criados unos guacamayos.

—¡Qué deseo tengo de conocerla! dijo Lola; debe ser una niña muy apocada, muy pusilánime.

—¿En qué lo fundas? le preguntó su hermano.

—En el laconismo de sus escritos. Carta le he mandado que tenía llenas seis carrillas, y me ha contestado ella con solo cinco renglones.

—¿Qué edad tiene, papá?

—Sobre unos... veinticinco años.

—Dos años más que yo, murmuró Luis.

—Sí, pero haceos cuenta que tiene quince, pues huérfana de madre desde la infancia, y educada por un padre severo y excéntrico, como son generalmente los ingleses, se habrá criado tímida é inocente; de manera que será fácil amoldarla á nuestros usos y costumbres. Encarecidamente os encargo que la demostréis mucho cariño, pues es la mejor manera de conquistar su corazón.

—No temas; ya verás cómo la traemos en palmitas, dijo Aurora.

—¡Oh, sí! contestó su hermana; la llevaremos á los bailes, á los teatros, á las reuniones de la condesa de Silvia, á los brillantes conciertos de la marquesa de Troya.



— A propósito, exclamó la baronesa. ¿Tienes ya el abono del Real?

— Sí, contestó el baron.

— ¿Y el del Príncipe?

— También.

— ¿Y no lo has tomado del circo?

— Lo tengo en la cartera.

En este instante se presentó nuestro conocido Lorenzo, diciendo á los señores:

— El tapicero desea ver á su excelencia.

— Que pase, dijo el baron.

Levantó el mayordomo la cortina, dando paso al artista, que despues de hacer una profunda reverencia, exclamó:

— Todo queda concluido, señor baron.

— Perfectamente, Franch; es usted un prodigio.

— Señor baron . . . murmuró el tapicero inclinándose respetuosamente.

— Ahora ponga usted la cuenta, que podrá usted presentar dentro de quince dias á mi administrador.

— ¿Quién es el administrador de su excelencia? se atrevió á preguntar el artista,

á cuyos oidos habia llegado la mala fama del baron.

— Pregunte usted por él al portero, que cuidará de llevarle á su despacho.

— Está bien. ¿Manda vucencia otra cosa?

— Hoy, nada; si algo ocurriera, avisaria. Saludó el tapicero profundamente, y en cuanto hubo desaparecido, dijo el del Monte:

— Lo mismo que á éste deberán decir en mi ausencia á todos los artistas que he empleado. Hasta dentro de quince dias no hay que presentar cuenta alguna.

— Para entónces habrá llegado ella, le interrumpió su esposa.

— Por supuesto. Yo voy ahora á la central de telégrafos para que pongan un parte á Cádiz, á fin de saber si ha llegado el vapor ó si está á la vista.

— ¿A Cádiz? objetó Luis.

— Así lo dice el telégrama que mandó desde la Habana.



— ¡Cuidado con el viaje que ha hecho la primital!

— ¿Me acompañas, Luis?

— Hasta la puerta nada más.

— Nosotras vamos á salir tambien, pues hemos de ver al diamantista.

— ¿Os mandais hacer algun aderezo?

— Una par para cada una. ¿Qué ménos? Adriana se presentará, como es natural, cubierta de brillantes, y no hemos de hacer un papel ridículo á su lado.

— Nada más lógico.

Todos estaban ya de pié para salir, cuando dijo la baronesa:

— Oye, Juan, ¿te parece que hiciéramos litografiar algunas esquelitas participando la llegada de la duquesa? Porque si no, ¿cómo van nuestros amigos á saberla?

— Por los periódicos.

— No basta.

— Pues como quieras; pero, salvo tu parecer, creo que no deben extenderse hasta despues de su llegada.

— Es cierto; no te detengas ya por mí.

Y dirigiéndose á sus hijas, añadió la baronesa: ¿quereis que enganchen?

— Está el coche tan deslucido!... objetó Lola.

— No, mamá, es preferible ir á pié. Desde que papá nos ha hablado de los caballos que está esperando, me parecen los nuestros de la familia de Rocinante.

Y dirigiéndose cada una á su habitacion, sonaron inmediatamente tres campanillas que pusieron en veloz movimiento á las tres doncellas de sus excelencias.

Una hora despues salian á la calle, dirigiéndose contestar apénas á los salidos de los varios conocidos que encontraban á su paso. Visitaron algunos establecimientos de modas, dejando en todos cuenta pendiente, como asimismo varias joyerías, dirigiéndose al fin á casa de la jóven y alegre condesa de Silvia, parienta algo lejana de la baronesa, cuyos salones eran el centro del buen tono y de jóvenes al uso del dia, como los que nos van ocupando. En ellos se jugaba, se cantaba y se bailaba, se re



citaban poesías, se declamaba de vez en cuando, todo estrepitosamente aplaudido en el acto, y desapiadadamente censurado despues. De dia veíanse atestados de visitas, donde los hombres hablaban de política, y con mucha finura arrancaban las señoras el pellejo á sus amigas ausentes, sin perjuicio de abrazarlas cariñosamente y besarlas en ambas mejillas si alguna vez se presentaba.

Cuando la baronesa del Monte y sus elegantes hijas entraron en casa de su encoquetada parienta, reunidas en el salon de ésta habia varias personas, entre las cuales, de pié, y apoyado en el mármol de la chimenea, un elegante jóven acababa de leer en un periódico, siendo el tema de la conversacion la gacetilla que ya conocemos referente á la llegada de la excelentísima millonaria duquesa de Clarendon.

—¡Soberano partido! decia la condesa; me temo que la tal duquesita va á revolucionarnos la villa.

—¿Por que? preguntó una señora.

—¿Y me lo pregunta usted, marquesa? De fijo no hay en este momento un jóven de la alta sociedad que no anhela conocerla, con el firme propósito de hacerla el amor. ¿Usted sabe lo arrebatadora que es una mujer que lleva consigo un dote de cuatrocientos millones de reales?

—¡Pero esto es fabuloso! . . . objetó el que tenia el periódico en la mano.

—Tal vez no sea tanto, contestó otra señora. Esta gacetilla la habrá hecho poner el petulante baron para dar una cucharada de miel á sus acreedores.

—Pues no se envalentonarán poco si lo que dicen es cierto, murmuró una señora de mediana edad, con ojos negros y vivarachos.

—Ahora, repuso otra, no podrá ningun hombre acercarse á sus hijas, como no sea un príncipe de la sangre. Hace poco desdenaron al sobrino del marques de la Rambla porque solo era capitán de húsares.

—Pues él salió ganancioso.

—¡Qué antipáticas son! replicó la mamá



de dos pollitas que escuchaban el tiroteo aprobándolo con sus complacientes sonrisas.

—¿Y qué dicen ustedes del baroncito? preguntó un jóven en cuyo pecho brillaba la cruz de Isabel la Católica.

—Que es tan fátuo y tan tonto como toda la familia.

—Sin embargo, replicó una jóven rubia que hasta entonces guardara silencio. Luis de Peñarrosa tiene dotes muy apreciables.

—No puede negarse, dijo otro jóven sonriendo, sobre todo para tratar con señoras.

Levantóse en este momento la cortina, dejando oír la voz del lacayo que anunciaba:

—La señora baronesa del Monte.

Seguidamente entró ésta en compañía de sus hijas, y fué de ver los abrazos y besos con que las recibieron las señoras, y las respetuosas reverencias y apretones de manos con que las saludaron los caballeros.

Tomaron asiento, disputándose todas para darlas el lugar de preferencia, diciéndolas la condesa:

—En este momento hablábamos de ustedes.

—¿Sobre?... preguntó la del Monte adivinando.

—Hace algunos días que no os hemos visto, y tanto mis amigos como yo os echábamos de ménos. Todos afirmaron las palabras de la condesa.

—No era menor nuestro deseo de venir por aquí, mas tenemos ahora tantas ocupaciones... dijo la del Monte.

—¿Pues qué ocurre?

—La llegada de nuestra sobrina la duquesa de Clarendon que nos trae mareados.

—¡Ahl... exclamaron todos.

—Efectivamente, he leído algo de eso en los periódicos, dijo la de Silvia.

—¿De dónde viene? preguntó con indiferencia la mamá de las dos pollas.

—De New-York.

—¿Americana?

—Nació en España, pero salió de aquí á los pocos meses para la Habana, donde, muerta su madre, el duque y ella regresa-



ron á su país, y despues de pasar su infancia viajando por el Norte de Europa, trasladáronse al Norte de América, donde ha vivido hasta ahora.

—¿Es huérfana?

—Como si no lo fuera, pues tiene en nosotros unos segundos padres.

—Por supuesto. . . . exclamaron algunos con cierta intencion.

—¿Es soltera? preguntó el jóven de la placa.

—Sí, pero. . . .

—¡Hola! ¡hola! ¿Hay moros en campaña?

—Así parece.

—¿Algun español?

—Hijo de Madrid, contestó la del Monte gozándose en la confusion que sus palabras producian.

Miráronse todos recíprocamente como queriendo decir:

—¿Quién será ese mortal?

La baronesa no creia suficiente anunciar la llegada de la millonaria duquesa en los periódicos, ni participarla luego particu-

larmente por medio de esquelas á sus amigos; deseaba más, y al efecto fuése á visitar á su parienta la condesa de Silvia, á la hora que estaba segura de encontrar lleno el salon, pues ciertamente sabia que cuanto en él se hablara se propalaria por todo Madrid con la rapidez del rayo, y por lo mismo creyó conveniente advertir lo de los amores para que los pretendientes se amilanaran.

Satisfechas de la visita regresaron á su casa las del Monte, encontrándose con padre é hijo que salian á recibirlas, rebosando de alegría su semblante.

—¿Qué ocurre, Luis? preguntó Lola.

—Nada, contestó éste sonriendo.

—¿Qué se sabe de Adriana? prosiguió la baronesa dejándose caer en una butaca.

—¿Está ya en Cadiz? dijo Aurora.

—Calma, calma, señoritas.

—¡Pero, hombre, acaba de hablar! exclamó impaciente la baronesa.

—Sí, papá, que nos tienes en ascuas.



—Pues bien, hace una hora que ha dado fondo el vapor en el puerto de Cádiz.

—Gracias á Dios! interrumpió Lola.

—¡Cuánto me alegro! añadió Aurora.

—Dejad que concluya, objetó la mamá.

—Inmediatamente le he puesto un despacho diciéndola que, á pesar de prohibirnos que salgamos á esperarla, nuestro deseo es tan vivo, que volamos á Sevilla.

—¡Y qué ha contestado?

Sacó el baron un papel del bolsillo de su gabán, y leyó en alta voz:

«Suplico á ustedes no salgan de Madrid, pues ignoro los dias que me detendré en Cádiz y Sevilla, porque deseo ver lo más notable de ambas ciudades. Cuando salga de Sevilla pondré un despacho, á fin de que vayan ustedes á recibirme á la Estacion.

ADRIANA.»

—Vaya un capricho, dijeron las niñas á coro, como si en Cádiz ni en Sevilla hubiese algo que ver.

—Sí hay, dijo Luis.

—¿Qué

—La Giralda.

—Toma....

—Y la catedral, que dicen que es muy buena.

—Eso está visto en media hora.

—Querrá apreciar detenidamente su mérito artístico.

—¿Ella qué entiende de eso? Pues no faltaba más sino que fuera artista una millonaria.

—O conocer las costumbres del pueblo.

—¿Qué le importan?

—Luego en Cádiz hay tambien mucho que ver.

—Sí, el puerto; es lo único que me llamó la atencion cuando estuvimos, y éste puede verlo al desembarcar.

—Todo eso á nada conduce, interrumpió el baron; lo que importa es activarlo todo, pues ese retraso debe ser de pocos dias.

—¿Si pusiésemos otro suelto en los periódicos? dijo su esposa.

—Será mejor cuando haya llegado.



—Entonces lo renovaremos; la verdad, sé de algunas que se han atrevido á murmurarme, y quiero en venganza hacerlas morir de envidia.

—Y á mí que no me disgusta, dijo Luis sonriendo.

—Como que á tí va á caerte el premio gordo.

Y sin variar de tema, pasaron al comedor, y con el buen apetito que produce la satisfaccion, dieron principio á la comida.

## CAPÍTULO III.

## LA ILEGADA

Ocho dias despues la casa del baron del Monte era la fiel representacion del movimiento continuo.

Los reposteros bullian en las cocinas y despensas, colorados y sudorosos. Los encargados de la limpieza andaban de uno en otro aposento, arremangadas las mangas de sus camisas, limpiando hasta sacar lustre de las mismas paredes. Relinchaban los caballos, miéntras tres cocheros pulian más y más las molduras de otros tantos carruajes, mandados construir recientemente, que iban á estrenarse dentro de pocas horas. Del mismo modo el portero limpiaba entrada y escalera, y el hinchado mayordo-